

LA ESPAÑA DESGANADA

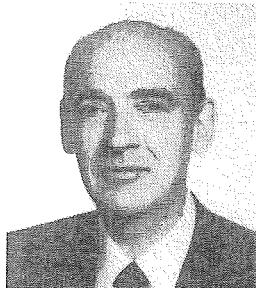
Durante los años de la transición, desde el 75 hasta el 81, España vivió la mayor parte del tiempo en estado de tensión. No quiero decir crispación, ni inseguridad, ni inquietud, ni ansiedad. Tampoco una mera actitud emocional. En pocos años ocurrieron numerosos hechos nuevos, cuya magnitud y alcance no se podía medir.

Tampoco eran acontecimientos: hubo dos referéndum nacionales y en algunas partes del país, tres; dos elecciones generales y varias más entre locales y autonómicas que, aunque tuvieran lugar en determinados territorios o fueran, como las municipales, distintas en cada localidad, se vivían por la mayoría de los ciudadanos como algo que les afectaba directamente. Surgieron partidos gigantescos con siglas inéditas o antiguas, pero de nueva planta todos ellos. Hubo hasta tres presidentes de Gobierno y los ministros se contaron por decenas. Se asentaron los sindicatos, con mucha fuerza, si bien con escasa afiliación. Se organizó el empresariado en general y por sectores. Se produjeron también en muy alto número acciones criminales de terrorismo político. Retornaron por millares los supervivientes del destierro de 1939, y reaparecieron otras personas con historia y vocación política, que habían permanecido ocultas en el exilio interior, etc., etc.

Hasta que, por fin, el 23 de febrero de 1981, unos pocos hombres de uniforme, que tenían alguna fuerza, pero que no se habían enterado de nada, ejecutaron la más inconsistente y ridícula tentativa de golpe de Estado de nuestra historia nacional. Fue algo tan débil y tan alejado de la realidad que bastó el teléfono del Rey para frustrarlo.

Después ocurrió, todavía, otro acontecimiento. En octubre de 1982 más de un treinta por ciento de la ciudadanía española cambió el signo de su voto. Eso, en el orden electoral, fue un verdadero cataclismo para el que hay muy pocos precedentes en las democracias europeas.

¿Qué ha sucedido después y qué pasa, concretamente, ahora? Parece que más de la mitad de ese voto migratorio del 82 está decidido a abandonar la posición que adoptó entonces, aunque, en gran parte, no sabe a adónde dirigirse. España sufre los dramáticos efectos de



ANTONIO
FONTÁN

un desempleo masivo, de una inflación que si bien ha bajado desde las alturas casi «suramericanas» del 28 por ciento de 1976 al diez actual, aún no se ha apeado de la cifra mágica de los dos dígitos.

Las inversiones son cortas e insuficientes, las iniciativas sociales de todo género atraviesan un período de inhibición.

Aquel país nervioso, dinámico y creador de los años del desarrollo económico —década de los 60— y de la modernización po-

lítica —segundo lustro de los 70— da la impresión de hallarse semiparalizado, o en estado de estupor. Es una realidad que España no marcha, simplemente va. Es lo que he llamado en la cabecera de este artículo «la España desganada».

No se pueden cargar todas las culpas sobre el actual Gobierno. Aunque sí ha incurrido en dos responsabilidades que no dejan de ser graves. La primera es ya historia y no tiene remedio. Fue haber forjado ilusiones, o, lo que es lo mismo, «esperanzas sin fundamento», según dice el diccionario castellano bajo el lema «ilusión»: «los ochocientos mil empleos», «que el país funcione», y todo el concomitante verbalismo electoral. La segunda responsabilidad aún puede —y debe— ser afrontada: contar, de verdad, al país, los graves problemas del momento. Sin enmascararlos bajo las demagogias irreales que a menudo emanan de los departamentos de Justicia y de Educación.

También, la oposición tiene un papel importante que desarrollar. Son mis amigos y estoy asociado con ellos. Pero debo decirles que no se trata de ejercitar una oposición *todo terreno*, erizada de *noes*. Se trata, sobre todo, de ofrecer respuestas a las interrogaciones de este pueblo desganado que son ahora los españoles. ¿Recuerdan ustedes lo que decían los socialistas de las doscientas carpetas que contenían otros tantos proyectos o soluciones?

Luego resultó que no había carpetas. Para que la oposición se convierta en alternativa, su más apremiante deber es preparar, no doscientas, sino un centenar de buenas carpetas para los cien primeros días y convencer a los españoles de que esas carpetas existen.